

te y los cuarenta años de edad, los que se unieron al movimiento de reforma, como Juan Eberlin y Gaspar Guttel. Este último no había entrado en el convento siendo niño, ni por miseria, ni por la presión de su familia, sino que había querido ser fraile á la edad de cuarenta y tres años, con el propósito de tranquilizar su conciencia agitada adquiriendo el «estado de perfección.» Otros hubo que como Lutero tenían horror á la guerra continua de este mundo y en cambio gran deseo de aproximarse á Dios, como sucedió al joven Federico Miconio, el cual ya entre los frailes se atormentó tanto con sus cavilaciones angustiosas sobre la predestinación, que sus hermanos del convento le miraron con repugnancia. Pero cuando hubo aparecido Lutero en la escena, Federico creyó haber encontrado ya la interpretación verdadera de un ensueño singular, que en la primera noche que pasó en el convento le había anunciado la salida de un desierto desconsolador y el descubrimiento de la fuente de salvación. De grandísima influencia fué indudablemente el estrecho contacto con el humanismo en el cual se encontraron los clérigos estudiosos é inteligentes de toda la generación joven. Hombres como Capito, Urbano Rhegio, Butzer, Ecolampadio, Zwinglio, Eberlin, eran amigos ó admiradores de Erasmo, al cual Guttel, el fraile agustino, ensalza todavía en 1522 como el verdadero autor de la reforma. La gran mayoría de estos adalides del movimiento eclesiástico era originaria de la clase media, de suerte que la nueva doctrina encontró como el humanismo su verdadera patria en las ciudades. Por lo pronto no había lo que podía calificarse de partido entre los príncipes; y ya hemos visto que las mencionadas modificaciones del culto en la Sajonia electoral se efectuaron contra la voluntad claramente manifestada del soberano, bien que éste no supo mantener su voluntad á la fuerza. Verdadero es que su hermano, el duque Juan, y su hijo Juan Federico fueron desde un principio decididamente partidarios de Lutero, y un pequeño príncipe de Silesia, el duque Carlos de Munsterberg, entró ya en 1522 en correspondencia con el reformador, cuya doctrina acerca de la Eucaristía le gustaba particularmente, porque era nieto del rey husita Podiebrad, maldecido hasta la cuarta generación; solo que el citado duque añadió la súplica de que Lutero no hiciera uso de su nombre. Los príncipes eclesiásticos eran adversarios naturales de la doctrina luterana, cuya necesaria consecuencia era la debilitación de su poder, no teniendo más salida, si hubiesen querido interesarse en el nuevo movimiento, que la secularización de sus dominios, lo que habría sido un rompimiento declarado no solamente con la Iglesia sino con el derecho del imperio. A esto por lo pronto ninguno de ellos se atrevió, si bien el gran maestro de la orden teutónica, Alberto de Brandeburgo, se puso en relación con Lutero ya en 1523 é hizo que se le instara á transformar el territorio de la orden en principado hereditario. Igual intención se atribuyó durante algunos años á su pariente el elector de Maguncia, primado de Alemania, al cual Guttel todavía en 1523 dedicó sus sermones de cuaresma. Al año siguiente este anfibio príncipe de la Iglesia aseguró al duque Juan de Sajonia que deseaba á Lutero de corazón toda clase de suerte, porque predicaba la verdad. Igual inclinación interior al Evangelio se atribuyó, probablemente con mucha mayor razón, al obispo de Augsburgo, Cristóbal Stadion; pero este partidario de Erasmo de carácter tan benigno, el cual, según se dice, dijo en una ocasión á los luteranos que eran en el concepto moral superiores á los demás cristianos, supo también ser riguroso, porque tuvo en dura prisión al primer predicador luterano de su diócesis, Gaspar Aquila, que también se había casado y al cual puso en libertad de malísima gana solo á instancias de la reina de Dinamarca. También era

adepto de Erasmo aquel obispo de Breslau, Juan (Thurzo), del cual tanto esperó Lutero, pero que murió cuando uno de sus canónigos se hallaba en camino llevándole cartas de Lutero y de Melanchton. Entre todos los obispos solo el de Samland, Jorge Polenz, fué más lejos que los demás, porque en 1523 llamó á su diócesis predicadores protestantes y empezó á evangelizarla. En cambio, á falta de los obispos, se manifestaron simpatías luteranas en los cabildos de algunas catedrales, como los de Wurzburg y Bamberg. Mas adelante se hablará de la actitud particular de la nobleza de la Alemania del Sur respecto de la reforma.

La clase media alemana fué la que desde un principio se interesó más por la causa luterana. En las ciudades y especialmente en las que directamente dependían del imperio, estaba concentrada la vida intelectual superior de la nación, y si por un lado habían sido la base de la vida eclesiástica degenerada pero brillante de la Edad media posterior, por otro lado sirvieron de terreno bien dispuesto y preparado para el gran movimiento contra el clero y su sistema. En las ciudades estaban siempre vivos los conflictos y las competencias entre los derechos eclesiástico y civil, entre la hacienda municipal y la exención de tributos que alegaba el clero; y estas contiendas resultaban más acrisoladas cuando la población y su consejo municipal estaban bajo la soberanía de un príncipe eclesiástico ó cuando era la ciudad el centro de una sede episcopal con su cabildo. Allí fué donde se podía conocer mejor que en otra parte alguna la corrupción eclesiástica, que engendró naturalmente un odio invencible al clero entre la clase media más respetable. Así se lee del herrero de Hagenau, Kopfer, padre de Capito, y del padre de Miconio que en vano se esforzó en convencer á su hijo de que la venta de indulgencias era solo una especulación del clero para sacar dinero de la gente sencilla. Ya hemos mencionado las críticas rudísimas que hizo la clase media de los abusos eclesiásticos en canciones, sainetes de carnaval y en los sermones de predicadores populares. En algunas comarcas existían restos de ideas valdenses y husitas. Capito, que cuando niño oyó hablar mucho en sentido husita sin haberlo comprendido entonces, y también Wimpeling y Pirkheimer, hablan en sus escritos del aumento de la herejía bohemia, y entre los libros de Nicolás Rutze, clérigo de Rostock, fueron encontrados después de su muerte escritos husitas, con cuya secta se sabía que tenía relaciones. Cuando Lutero, también hijo de la clase media, apareció en la escena, todo lo que dijo y escribió era ya más ó menos conocido en las ciudades, si bien era nuevo por su lenguaje. En efecto, su vigor y claridad hablaban desde el fondo del corazón de cada uno, dando forma fija á estas ideas, á las cuales no era menester acostumbrarse á fuerza de estudio como á las ideas de la antigüedad, en cuyo favor los humanistas hacían tan activa propaganda. Esta diferencia se puede ver muy claramente en la obra de Juan Sachs, que habiendo tratado pedantescoamente los motivos antiguos, después trató las ideas de su tiempo en «El ruiseñor de Wittenberg,» publicado en el año 1523. En la introducción de esta obra nos presenta Juan Sachs al delicioso ruiseñor anunciando el día, y luego al sol cuando envía la claridad al través de las turbias nubes haciendo palidecer la luna, cuyo falso brillo ha atraído á los rebaños al desierto donde se han extraviado. Esta imágen la explica el autor con una claridad inmejorable y con un celo tan sincero y puro, que resulta el autor colaborador de Lutero, á quien tanto ensalza en su poesía.

En Nuremberg justamente se introdujo la reforma paso á paso, pero con el mayor orden. Habiendo sido aceptada ya por casi toda la población, fué reconocida y oficialmente establecida con las modificaciones hijas de las circunstancias

por el consejo municipal. Ya hablamos en su lugar del círculo de partidarios de Lutero llamado de los *Martinianos*, que se había formado en Nuremberg; y en la misma ciudad encontramos en 1521 la dirección eclesiástica en manos del mismo círculo. En éste figuraban el prior Volprecht, del convento de agustinos, el abad Pistorius, del convento de benedictinos, ambos partidarios de Lutero; como prebostes de San Lorenzo y San Sebald, dos ex-estudiantes de Wittenberg, Héctor Pomer y Jorge Besler; Andrés Osiander, catedrático de hebreo en el convento de agustinos de Gunzenhausen, joven sacerdote de gran talento, cuya sagacidad y criterio propio se distinguió poco después en la lucha contra el «Anticristo de Roma.» Cada vez más salieron á luz polémicas y otros escritos de artesanos de ciudades, como el pintor Greiffenberg, un pañero y muchos otros; el mismo Juan Sachs había reunido ya en el año 1522 nada menos que cuarenta escritos de Lutero, y publicó después diálogos en prosa para justificar la intervención de la gente lega con la ignorancia del clero en punto á la Sagrada Escritura. Kettenbach dijo con razón hablando en particular de Nuremberg y de otras ciudades de la Alemania del Sur, que allí las mujeres, los criados, artesanos é hidalgos entendían más de la Biblia que en otras partes en las universidades (1). Alberto Durero expresó también á su manera el espíritu que le animaba, pues en sus *Apóstoles*, que acabó en 1526, ocupa el primer lugar San Juan y no San Pedro, hasta entonces dominante, y San Pablo figura como protector del Evangelio y verdadero adalid de Cristo. En la Suabia, Eberlin de Gunzburg, que allí ejercía la mayor influencia, dijo en sus sermones que en semejante época, cuando el cielo era de acero y la tierra de hierro, era preciso apoyarse solamente en el Nuevo Testamento y valerse de él como única arma resistente, sin consideración ni á Lutero, ni á Karlstadt, ni á Melanchton. «Proporcionaos un Nuevo Testamento antes que alimento y vestido, dice á los ciudadanos de Augsburgo; no os fieis ni de templos, ni de escuelas, ni de conventos; sed vosotros mismos los sacerdotes en vuestra casa, y con la Biblia en la mano, no hagais caso de los que os desprecien.» También dieron á luz laicos literatos de Augsburgo cartas á favor del Evangelio y contra la vida monástica, calificándola de diabólica y judía; y á los esfuerzos de los partidarios de la Iglesia antigua respondieron con nuevos escritos y otros medios de propaganda, á los cuales el consejo municipal no se atrevió á poner coto. Peutinger mismo, hombre de orden y conciliador, era el alma de la reforma de la beneficencia que se hizo en el año 1522 y que aseguró á los necesitados una asistencia oficial, que siguiendo á San Pablo, se inclinaba hasta al comunismo. Ecolampadio escribió entonces que era obligación socorrer la pobreza, sin mirar si era causada por la culpa del individuo ó no, y que no solamente debíamos socorrer á los necesitados con lo que nos sobra, sino con cuanto tenemos. También se dirigió la corriente moderna contra la prostitución; las mujeres públicas fueron conducidas á los sermones para convertir las y algunas abandonaron su vergonzosa industria. Menos edificantes fueron los escándalos que hubo á veces en las mismas iglesias entre los partidarios de la religión antigua y los de la moderna. Un mozo panadero entró en polémica con un predicador monacal, y un partidario del obispo, que se burlaba de la oración evangélica, oyó del público las cosas más graves respecto de su amo el obispo. En una relación del año 1519 se dice, hablando de la Alemania del Sur: «La gente de aquí es grosera, dice lo que le conviene y no sufre contradicción.» La excitación religiosa unida á las

(1) «Si lo dijo con razón, ¿cómo la entenderían los profesores y los estudiantes?»
(N. del T.)

tendencias suizas de que se acusaba á los alemanes del Sur, produjeron ya en 1523 motines y reuniones amenazadoras de turbas. El consejo municipal de Ulma fué impotente para contener en 1522 el movimiento excitado por Eberlin, Kettenbach y Hoflich, á pesar de su actitud neutral, de sus medidas para conservar el orden y de haber mandado al clero de la ciudad que no hiciera en sus sermones alusiones ningunas, limitándose á predicar tomando por base la Sagrada Escritura. Hoflich no fué admitido á predicar en las iglesias y entonces predicó en las plazas públicas; lo mismo se hizo en Goslar, Worms, Amrstadt, Dantzig y Hall, en el valle de Inn. En el Wurtemberg no pudieron sostenerse contra el rigor del gobierno austriaco predicadores protestantes como Mantel, Schnepf y Sam; pero en cambio fueron bien recibidos en las pequeñas ciudades independientes de Suabia. En Hall trabajaba el noble Brenz y en Nordlingen su amigo Teobaldo Villicanus (Gerlach Billigheim). Ambos habían tomado el partido de Lutero siguiendo á Butzer desde el capítulo general de 1518 de Heidelberg. En Reutlinger trabajaba Mateo Alber; en Esslingen, el fantástico Miguel Styfel, en Wimpfer Erardo Schnepf, ex-miembro del círculo de humanistas de Erfurt, y en Heilbronn Juan Lachmann. En la Suabia alta se sentía ya el efecto del gran suizo Zwinglio, independiente del movimiento de Wittenberg y de Lutero, que convirtió á su doctrina al entusiasta de Erasmo Hummelberg, que predicó en su ciudad natal de Ravensburg, mientras cultivaba las letras humanistas. Un amigo de Zwinglio, Cristóbal Schappeler de San Gall, empezó en Memmingen su actividad reformadora, enérgica y eficaz. En Constanza los vecinos impidieron en 1521 la publicación del edicto de Worms y con sus amenazas obligaron al comisario imperial á salir de la ciudad, en la cual se encargó de la dirección espiritual primero Juan Wanner y después el ex-fraile Blarer. Fué muy importante que la población de Estrasburgo se inclinara decididamente á la reforma. Ya en el año 1518 se expusieron las tesis de Lutero á las puertas de las iglesias y de las casas de los curas párrocos. Pedro Wickgram, sobrino y sucesor del gran Geiler, á pesar de sus precauciones se hizo sospechoso de tendencias luteranas, y Mateo Zell, á quien no se permitía predicar en el púlpito de la catedral, hacía llevar un púlpito portátil, desde el cual predicaba cuando quería. Rajóse la gran campana de la misma catedral al ser echada á vuelo el día de Navidad, accidente que fué aprovechado interpretándolo como una señal del cielo contra los innovadores; pero esto de nada sirvió: el consejo municipal ejerció la censura con la mayor benignidad, condenó al fuego las polémicas insultantes del furioso Murner y aconsejó á Zell, perseguido por el obispo, que predicara sin miedo la palabra de Dios y la Sagrada Escritura, asegurándole en tal caso su protección (1523). Poco tiempo después entraron en Estrasburgo los dos hombres bajo cuyo nombre salió triunfante la reforma. Capito, cansado de su servicio en la corte de Maguncia, y Butzer, el ex-fraile, luego casado y á la sazón expulsado de Wissenburgo por predicador evangélico. Conviene tener presente aquí que en el año 1523 era asunto consumado la reforma de Zurich.

En ninguna otra parte de Alemania fué tan rápida y general la victoria de la nueva doctrina como en la Suabia y demás comarcas inmediatas. Las poblaciones en que apareció la reforma en la Alemania del Centro y del Norte estaban separadas entre sí por grandes distancias, pero no por eso dejó de manifestarse el espíritu antiguo sajón con gran energía en algunos puntos. Los oyentes del predicador Hermann Tast, vicario pontificio, fueron á buscarle armados para que predicara en el cementerio de Husum y armados le acompañaron otra vez á su casa. Los vecinos de Bremen, que á pesar de

la insistencia de su arzobispo conservaron á su predicador, el fraile hereje Enrique de Zutphen, aumentaron sus fortalezas con dos castillos, y pretextando motivos de defensa destruyeron el convento de benedictinos situado á extramuros de la ciudad. Una comision de los vecinos organizó de nuevo el culto en sentido protestante y sus relaciones civiles, y fueron expulsados de la ciudad algunos frailes mendicantes particularmente refractarios. Enrique de Zutphen, al pasar á Ditmarschen, murió asesinado horriblemente por aque-

llos campesinos. Fué arrancado de noche de la cama, atado en camisa á la cola de un caballo y conducido así sobre el hielo, hasta que con los piés ensangrentados ya no pudo seguir mas. Entonces le golpearon, escupieron á la cara entre mil mofas, y vertiendo sangre por veinte heridas, vió que sus feroces enemigos con muchísimo trabajo lograron encender una hoguera, á pesar de la nieve y de la lluvia; y cuando por fin empezó á arder la leña, no teniendo ya paciencia para aguardar á que el fuego produjera su efecto, apalearon

**Die Wittenbergisch uachtigall
Die man yetz höret überall.**



Ich sage ewch/wo dise sweygen/so werde die stein schreyen. luce. xix.

Facsimile de la portada de la obra de Juan Sachs: *El ruiseñor de Wittenberg*

á su víctima hasta que no dió ya señales de vida. Uno de aquellos salvajes animaba á sus compañeros, gritándoles: «¡A ello, queridos hermanos, Dios nos asiste!» (diciembre 1524). Seria injusto no decir que tambien hubo explosiones de ferroz fanatismo por la parte de los protestantes, pues en octubre de 1524 un fraile fiel á la religion antigua fué sacado con largos palos del púlpito en Stralsund cuando predicaba contra los protestantes, apaleado y golpeado con bancos, sillas y herido hasta con cuchillos, tanto que «parecia un cerdo sacrificado.» En este estado fué arrastrado á la plaza, donde con gran trabajo algunos ciudadanos pudieron arrancarle de manos de la multitud. Ya antes habian sido arrancaos del púlpito y maltratados dos frailes dominicos, á uno de los cuales las mu-

jerres que asistian al sermon le tiraron sus zapatos y sillas á la cabeza, y la que hacia de jefe de aquellas furias, llamada por sus mismos partidarios «la piel del diablo,» echó mano fuera de la iglesia á un capellan, arrojándole lodo y piedras entre los mas asquerosos insultos. Todavía se han conservado una multitud de canciones callejeras con las cuales evangélicos y católicos se insultaban mutuamente en aquella ciudad, donde tampoco faltaban motivos políticos para excitar á la poblacion. Por ambas partes se organizaban procesiones en que los de la nueva religion representaban el contraste entre Cristo y el Papa, y los frailes la próxima ruina de la ciudad impía. Mucho menores fueron los primeros movimientos á favor de la nueva doctrina en Hamburgo, donde

despues de algunos débiles preludios acaecidos en Rostock, la proclamó el fraile franciscano Kempe desde 1523. El guardian del convento le tuvo detenido porque muchos vecinos amenazaron con que, si le dejaba salir, no darian ya nada á los frailes y tendrian que volverse con las alforjas vacías. Tambien en Dantzig fué un fraile mendicante, Jacobo Finckenblock, el primer apóstol de la reforma, pero solo pudo predicar en las afueras de la ciudad, y al cabo de cierto tiempo en el cementerio.

Muy tempranas y de grandes consecuencias fueron las relaciones entre Wittenberg y Breslau, cuyo consejo muni-

cipal y el cabildo de la catedral hicieron lo posible para resistir la venta de indulgencias, y al quejarse al general de los bernardos, éste les contestó que si habia en la ciudad demasiados frailes se abstuviesen de darles limosna. Tambien Jacobo de Salza, el sucesor del obispo Thurzo, profesaba ideas humanistas de reforma, tanto que el consejo municipal le pudo presentar en 1523 á Juan Hess, de Nuremberg, partidario decidido de Lutero, como párroco electo suyo, diciendo que en virtud de su poder como cristianos y del derecho divino de la doctrina y del ejemplo apostólico, le habian nombrado cura-párroco de la ciudad. El obispo,



Retrato de Juan Sachs.

Copia de un grabado en madera hecho en 1545 por Juan Brosamer (1506-1552)

en efecto, estaba conforme en darle la investidura, pero el cabildo se la negó, y entonces el consejo municipal, sin la intervencion eclesiástica, le puso en posesion del curato, diciendo que era la ciudad quien construía las iglesias y las escuelas, y por tanto, tenia el derecho de elegir sus curas y maestros. El consejo municipal fué mas adelante, y contra los deseos de su nuevo párroco quiso disponer á su antojo de los bienes de las iglesias, dando con esto probablemente el primer ejemplo de una consecuyente política protestante. Este principio ya habia sido proclamado por Karlstadt, segun el cual correspondia á la autoridad el hacer desaparecer abusos eclesiásticos, y Enrique de Zutphen, segun dicen sus adversarios, habia predicado en Bremen que todos los curas de una poblacion debian estar sujetos al consejo municipal. Las autoridades eclesiásticas observaron pronto que en casi todas partes con la nueva doctrina se manifestaban casi involuntariamente tendencias como las de Breslau. Así sucedió

entre otras ciudades en Erfurt, cuya poblacion queria librarse de las pretensiones de soberanía de los arzobispos de Maguncia. Desde 1516 se hallaba esta ciudad en cierto concepto bajo el protectorado de la Sajonia electoral, lo que hizo que el consejo municipal, junto con el vecindario, trabajase doblemente para librarse del gobierno pontificio. A principios de 1523 dió á los partidarios de la religion evangélica la posesion de ocho iglesias para su culto y dispuso que los partidarios de la religion antigua oyeran misa en sus templos á puerta cerrada, por miedo del populacho, y pagaran al consejo municipal sumas muy crecidas para contar con su proteccion. Tambien en Magdeburgo, donde en 1522 se habia establecido Melchor Miritz, ex-fraile agustino fugado de Flandes, y en Halberstadt, donde trabajaba un ex-colega suyo llamado Weidersee, los alcaldes fueron los que protejieron el movimiento de reforma. En Halberstadt faltó poco para que el alcalde perdiese por la misma causa la vida; y

un provincial de carmelitas llamado Mustaeus, de opiniones luteranas, fué sorprendido y castrado por disposicion del obispo.

No se había organizado todavía de una manera fija y sistemática la persecucion; y aun donde era mas viva, como en los países del Austria y de Baviera, la nueva doctrina, perseguida en un punto, volvía á levantarse en otro. Cuando el jóven bachiller Arsacio Seehofer, de la universidad de Ingolstadt, fué sentenciado á retractarse de la doctrina de la justificacion expuesta por Lutero y á ser encerrado en el convento de Ettal, una señora evangélica, Argula de Staufen, esposa del tutor del duque Federico de Grumbach, salió á su defensa. Esta, siendo todavía niña de diez años, había leído la Biblia alemana antes que Lutero entrase en escena, y en virtud de su conocimiento de la Sagrada Escritura trató de ilustrar á los profesores de Ingolstadt, y envió cartas á los consejos municipales de Ingolstadt y de Regensburg, al duque de Baviera y al elector de Sajonia, refutando las objeciones de la filosofía y de la jurisprudencia, que en su concepto estaban fuera de lugar en esta materia, lo mismo que la teología, que á su juicio nada tenía de divina. Por lo demás amonestó tambien á Lutero para que abandonase el celibato. El ejemplo de Argula tuvo imitadoras: un año despues (1524), Ursula Weydin, de Eisenberg, publicó un escrito de polémica evangélica contra un libro del abad Simon de Pegau; y la esposa de Zell, predicador en Estrasburgo, escribió un discurso para consolar á sus «hermanas en Cristo» expulsadas de Keuzingen. El fanático profesor Hauer de Ingolstadt se queja amargamente en otro escrito de las simpatías que en favor de las doctrinas de Lutero manifestaban en muchas ciudades las «perras herejes» y las «tunantas desesperadas.» Durante el movimiento husita habían predicado mujeres desde el púlpito, habían manejado la pluma y hasta habían consagrado ellas mismas el pan y el vino para la comunión. No es de extrañar tal ingerencia y exageracion en el sexo débil en tiempos de excitacion religiosa, cuando el ya citado predicador Zell había dicho expresamente en Estrasburgo, en uno de sus sermones, que todos eran sacerdotes, sin exceptuar las mujeres.

La represion en Baviera y Austria despertó tambien la pasion del martirio entre los adeptos de la nueva doctrina. Entre los mas horribles tormentos la proclamó un fraile en Rattenberg; lo que dará idea del grandísimo efecto que produjeron algunos predicadores con sus sermones, es el caso de Jacobo Strauss de Basilea, cuyo púlpito portátil fué llevado por la multitud entusiasmada en Hall, en 1522, al aire libre. Allí Strauss atacó con sus sermones al clero católico y cuando tuvo que salir de la ciudad ocupó su lugar el ya citado Urbano Rhegius. No fué solamente en el Tirol septentrional donde se manifestó el movimiento de reforma luterana, habiéndose encontrado libros de Lutero en todas las celdas del convento cisterciense de Stams, sino que tambien se observó el mismo fenómeno en el Tirol meridional, donde hubo un canónigo de Innichen que hacia la propaganda luterana y un sastre que predicaba públicamente en Brixen. Pablo Speratus, que es quizás el mismo individuo conocido por Spreiter de Rottweil, llevó la propaganda en corto tiempo á las comarcas mas distantes entre sí. En Wurzburg, Salzburgo y Viena llamó grandemente la atencion con sus sermones, y en esta última ciudad pudo predicar en enero de 1522 desde el púlpito de San Estéban con auencia del obispo Slatkonja y declarar la guerra en toda forma á los votos monásticos. Por exigencias de la facultad de teología tuvo que retirarse de Viena, y llamado á Hungría, fué denunciado como hereje. Despues fué contratado como predicador por el abad de un convento de dominicos en Iglau que

ignoraba sus tendencias luteranas; pero los frailes advirtieron luego el engaño, y como por otro lado tampoco duró el entusiasmo que al principio había despertado en el público, despues de una dura prision se vió obligado á salir de Iglau en 1523, trasladándose á Wittenberg. Allí se dedicó á escribir; pero ya en 1524 fué llamado á Königsberg y á esta ciudad se dirigió con el consentimiento de su comunidad morava.

Un fugitivo, Andrés Knopken, expulsado en 1521 de Pomerania, había llevado el germen del movimiento reformista á la lejana Livonia, donde fué muy bien recibido por la poblacion de Riga. Encontró tambien una disposicion muy favorable en Gualterio de Plattenberg, maestre de la órden teutónica; y tanto trabajó, que en 1523 Lutero pudo dirigir un escrito á «sus queridos y excelentes amigos de Dios y á todos los cristianos de Riga, Reval y Dorpat.» Pronto el predicador Tegetmeier en Riga y el peletero fanático Melchor Hoffmann, en Dorpat, excitaron á la multitud á destruir todas las imágenes, sin que valiera una órden imperial para que se respetara el antiguo estado eclesiástico; y el mismo comandante del castillo de Riga envió á los vecinos de la ciudad un látigo con el recado que lo usaran contra el clero si querían vivir en paz.

Los tumultos y desórdenes que acompañan inevitablemente á todas las grandes revoluciones suelen ser á menudo, en sus últimas manifestaciones, causa de terror y asombro para los mismos jefes del movimiento; y no es lo menos curioso é interesante que los mismos que mas se glorifican de haber concluido con lo antiguo, no saben desprenderse de los antiguos hábitos que tanto condenan en sus contrarios. Esto se explica desde luego si consideramos que los hombres no cambian de ideas radicalmente como por arte mágica. En el presente caso vemos conservarse la barbarie de los antiguos germanos despues de siglos de rigurosa y sistemática disciplina de la iglesia romana; y tambien sobrevivió á la reforma gran parte de las creencias de la Edad media así como el fanatismo monástico; de suerte que no hay que admirarse de encontrar en los mismos representantes de la reforma huellas indelebles del despotismo eclesiástico al cual tanto combatian. La Iglesia dominante procuraba matar por medio de la fuerza toda opinion que discrepara de la suya; y de consiguiente era natural y explicable que los partidarios de la nueva religion en su marcha impetuosa hacia adelante usaran tambien de la fuerza contra los defensores obstinados de la religion antigua. Así vemos que en Nuremberg las monjas de Santa Clara, insultadas y amenazadas por el populacho, fueron obligadas por órden del consejo municipal á asistir á los sermones luteranos, y tres de ellas fueron sacadas del convento á la fuerza, y materialmente arrastradas hasta la calle por sus propios parientes. Sin embargo, hay que preguntar á los historiadores ultramontanos que no se cansan de describir tales escenas bárbaras y de expresar su compasion hacia las pobres víctimas, si semejantes brutalidades de los reformadores contra los católicos son las únicas que merecen mencionarse, y no se han de recordar las causas y los horrores practicados contra los herejes. No pueden compararse algunos bofetones y puñetazos dados á las monjas de Santa Clara de Nuremberg con la mutilacion de Mustaeus y los tormentos que se hicieron sufrir á Enrique de Zutphen. Muy al contrario, casi excita á risa que la abadesa *Charitas* se indigne, segun escribió á Pirkheimer, de que se quisiera imponer por fuerza á las monjas una religion que no tenían en el corazon, pues esto era precisamente la antigua rutina eclesiástica de que no supieron desprenderse los innovadores. Así en los rudos y cñicos ataques de muchos predicadores de la nueva religion, que en sus polémicas y sermones se

servian del lenguaje mas al alcance de la inteligencia y de las pasiones del pueblo, se reconocian el estilo y la manera de los antiguos frailes mendicantes; y así un fraile de Erfurt en su sermón contra la religion católica, aconsejó á sus oyentes evangélicos hacer la señal de la cruz al solo nombre de la iglesia católica como si fuera el diablo. No faltaron partidarios de la religion nueva que se hicieron cargo de las exageraciones de algunos predicadores, que Eberlin llama «asnos con piel de leon» que «hablan y charlan de la palabra de Dios sin temor ni gravedad.» El exceso de mezclar en los discursos y escritos frases y citas de la Biblia sin venir á cuento, bien podia justificar la opinion de un humanista católico de Erfurt, que hablando del afán con que sus contrarios se jactaban de parecerse á San Pablo, decia que le llevaban en la boca como un buey á un ruseñor. No hay que decir que semejantes ejemplos no produjeron siempre buen efecto entre la gente lega, incitada á seguir su propio criterio; y cuando Eberlin, dirigiéndose á los habitantes de Erfurt, que en el mercado, las posadas y tabernas tenían cuestiones teológicas, les dijo que para ser cristiano no bastaba hablar mal del clero ni comer carne en los dias de abstinencia ni confesar ni tomar la comunión, quedaron muchos sorprendidos al oírle. Juan Sachs reconvinó tambien por la misma causa á algunos que se llamaban luteranos.

Casi nunca se establece una libertad nueva sino cuando sus promovedores tienen durante la lucha un completo dominio sobre sí mismos y una educacion adecuada. Entonces se trataba de desembarazarse de la tiranía opresora de una clase privilegiada; y cuando un movimiento de este género se declara y nace viable, toma en las masas inevitablemente un carácter mas ó menos democrático. El humanismo en sus ensueños literarios se había lisonjeado con la esperanza de reformar la Iglesia en el sentido de Erasmo y de realizar la civilizacion cristiana clásica con auxilio de un pontificado y un episcopado modernos; pero lo que hizo fué preparar una conmocion de las masas, cuyas convulsiones amenazaban derribar, no solamente el órden eclesiástico, sino tambien el edificio maravilloso de la ciencia y de la belleza antiguas, que acababa de salir de los escombros de que le habían cubierto los siglos. El pueblo, ilustrado por los humanistas respecto de la opresion clerical, aplicó la nueva ilustracion de un modo tan material y tangible, que muchos de los humanistas agitadores, eruditos y literarios, empezaron á tener miedo. El humanista que había creído apoderarse con elegancia aristocrática y superficial de la cuestion religiosa, quedó desilusionado y descubrió que jamás había penetrado en el alma del pueblo. Los predicadores luteranos, dice Strauss, no tenían la inteligencia de un Erasmo; pero resolvieron un problema que ningun Erasmo hubiera podido resolver. Hubo humanista que creyó ver en los nuevos apóstoles del Evangelio los antiguos enemigos, con los mismos hábitos sucios que antes llevaban. Tan furiosos ataques dirigian contra toda vida inteligente superior. Eobano Hessius vió la decadencia de la universidad de Erfurt y con el corazon destrozado contempló cómo sucumbia toda la ciencia bajo los ataques brutales de los predicadores luteranos. Melanchton mismo encontró las lamentaciones de su amigo perfectamente fundadas, y dice en uno de sus escritos del año 1524 que debiera cortarse la lengua á los predicadores que pretendian apartar del estudio á la juventud. Por lo demás, Eobano fué denunciado en Wittenberg por el predicador Lang como desafecto al nuevo estado de cosas y como aliado secreto de los «sofistas». La suerte fatal del humanismo alemán está muy típicamente representada en el anciano é infeliz canónigo Muciano, cuyas rentas fueron reducidas, como hemos dicho ya en otra parte, al principio del movimiento de re-

forma; y despues de la persecucion del clero en Gotha en 1524 y durante la guerra de los campesinos cayó en la mayor miseria, hasta que la muerte vino en el año 1526 á librar de padecimientos á aquel infeliz enfermo, pobre y solitario. Sus discípulos y amigos le dedicaron lamentaciones poéticas, en las cuales, además de la prometida fama póstuma é inmortal, se le felicitaba por haberle los dioses evitado el ser testigo de las miserias que habían de sobrevenir.

¡Cuán rápido había sido el cambio que había experimentado el siglo desde el tiempo en que despertaron las inteligencias y en el cual era agradable vivir! La mayor parte de las universidades alemanas, tanto en el Norte como en el Sur, quedaron poco menos que desiertas. En Erfurt, entre los años de 1520 y 1526 el número de matriculados bajó de 312 á 14, y en Heidelberg se lamentó el senado igualmente en 1526 de que entonces había mas profesores que estudiantes. En Rostock, Francfort, Leipzig, Colonia, Basilea, Friburgo y Viena no se oían mas que lamentaciones sobre la decadencia de aquellas universidades; baste decir que el célebre profesor de derecho Zasio, lumbrera de la ciencia, tuvo en Friburgo solo seis oyentes y aun estos eran todos franceses. La guerra emprendida al principio solo contra la dialéctica escolástica no se había detenido en desacreditar á Aristóteles, «aquel pagano ciego y picarón,» sino que había pasado, en muchos de los nuevos predicadores, á renegar de toda la ciencia humana y aun de la misma razon natural, que segun ellos no era el espíritu de Dios sino su adversaria mas decidida. Ciertamente Lutero en sus escritos anteriores, y hasta en su célebre declaracion final de Worms, había ofrecido aceptar, además de las pruebas de la Biblia, las pruebas racionales; pero tambien es verdad que él mismo en su escrito contra los «profetas celestiales» publicado en 1525 promueve en ataques contra la «razon natural, graciosa señora» que era invocada por soñadores como Karlstadt y por el populacho para decidir cuestiones de fe, «como si no supiésemos, añade, que la razon es la meretriz del diablo, que solo sabe blasfemar y profanar lo que Dios dice y hace.» Ya hemos dicho en otra parte que Lutero, no obstante su indignacion contra los aristotélicos escolásticos, no se había desprendido de toda la escolástica; pues en el pasaje que acabamos de citar en que expulsa á la razon del dominio de la religion se encuentra la antigua teoría de Occam, que establecia la diferencia entre creer y saber, entre la fe y la ciencia: solo que el reformador, como dice Ritschl, muy lejos de la indiferencia del nominalismo frio, considera á la razon como un intruso descarado y enemigo personal de la fe y como tal la combate con todo el fuego de su temperamento. De todós modos es evidente la conexion de la escolástica con esta crítica propia de Lutero de la razon natural, y nada podia ser mas hostil y mas antipático al humanismo y á su filosofía religioso-platónica, segun la cual el alma se eleva á Dios con sus dos alas, que son el conocimiento y el amor. Los hombres ilustrados y orgullosos del Renacimiento, que proclamaban la inspiracion divina de Homero y de Platon, y un cristianismo anterior á Cristo, ¿cómo habían de aceptar ideas que calificaban á la razon natural de concubina del diablo, que declaraban necedad todo el saber humano, y vicios deslumbradores todas las virtudes de los antiguos? Aun admitiendo que Lutero, al condenar la ciencia, solo tuviera en la mente la antigua ciencia eclesiástica, no se podia impedir que sus adeptos mas pequeños extendieran este juicio, con horror de Melanchton, á todos los estudios que no fueran puramente bíblicos. Tambien se lamentaba el humanista suizo Glareano de que los tales enemigos de la ciencia vociferasen que no se necesitaba saber latin ni griego y que bastaban el alemán y el hebreo.